

F. E. Moscoso Puello

CAÑAS Y BUEYES

Poseemos una isla dotada de una tierra eminentemente agrícola, las creo aptas para diversidad de productos agrícolas; así es que explotémosla en variedad, estudiando cuidadosamente el suelo de cada región y sembrando lo que a cada una de ellas se adapte con buenas cosechas que podrían dejar tanto o más beneficio que la que nos deja nuestro dulce azúcar.

En *Cañas y Bueyes* analiza mi tío Pancho lo que nuestros viejos colonos sufrieron, realidad que aún perdura en el presente.

VICTORIA

Santo Domingo, D. N.
14 de agosto de 1975.

I

Al Norte de la Provincia de Macorís, un poco más arriba de sus límites políticos, cruzaba un camino, cuyo nombre no es del caso recordar y por donde sin duda, anduvo hace siglos, lleno de las mejores esperanzas, fundando ciudades, don Juan de Esquivel. Era una antiquísima trocha que se mantenía abierta porque los vecinos la repicaban por temporadas. Sobre el suelo de esta trocha se marcaban varios trillos caprichosos bordados de grama. Comprendido este camino entre dos ríos, unía dos de sus numerosos pasos, y cruzaba por un bajo cubierto por un monte centenario.

Se alcanzaba a ver desde muy lejos como una muralla, como una cortina que cerraba el horizonte, entre el cielo azul y la sabana amarillenta. De un verde oscuro, negruzco en las horas de poca luz, hacia el crepúsculo; se tornaba en verde brillante, al mediodía. Su aspecto variaba con la luz. Una línea distinta, pero sinuosa, lo destacaba sobre el cielo. Sobre esa línea sobresalían las copas de las ceibas.

Abarcaba y protegía este monte varias secciones rurales que se unían por trillos que bordeaban sus orillas, junto a las cuales, como recostadas sobre sus macizos de verdura, se levantaban, a la distancia que recorre un grito, numerosos fundos.

Cuando el viajero lo alcanzaba a ver respiraba. Ya se protegería del sol, encontraría agua fresca en algunos de sus hoyos, o en sus manantiales, que brotaban debajo de una roca pulida

o al pie de un tronco. Ya podría desmontarse y hacer su parada allí, para descansar o para comer, abrir la alforja o para que el caballo se refrescara. Cuando se divisaba, ya se había recorrido la mitad de la distancia entre dos comunes importantes, y se llegaba a él con alegría. Cuando se dejaba a la espalda, a poco se podían escuchar las campanas de la iglesia del otro pueblo vecino.

Era este un monte denso, tupido, poblado de numerosos palos de calidad. Lo constituían una variedad de troncos de diferentes dimensiones, rectos, inclinados, con curvas variadas, de corteza lisa o rugosa, blanda o dura, agrupados caprichosamente. Se levantaban como columnas. Se cubrían los unos a los otros de modo que no se podían ver todos al mismo tiempo. A diferentes alturas, se desprendían de estos troncos una innumerable cantidad de ramas vigorosas, que se entrelazaban desordenadamente para sostener el follaje, a través de cuyos espacios se colaba la luz del sol o las gotas de la lluvia.

Cerca ya, se podían distinguir sus árboles. Casi todos palos de calidad. Cayas, ciguas, quiebrahacha, cabilma, capá. Podían distinguirse una gran variedad de colores y tintes sobre el verde del fondo. Verde pálido de retoños, casi blanco, verde negruzco, verde amarillento y, aquí y allí las hojas plateadas de los yagrumos, las hojas rojizas de los caimitos, las hojas grises de las caobas, y los diferentes matices de las yayas, de las ceibas, de los espinillos.

Dentro de este monte se escuchaba el canto de una infinidad de pájaros, desde el colibrí hasta la paloma silvestre, y las cotorras y los pericos que llegaban de las lomas próximas. Todo el día rasgando el aire, revoloteando entre el follaje, persiguiendo a los insectos que vivían allí dentro.

Al entrar a este monte, las pisadas de las bestias no se sentían a causa de la cantidad de hojas secas y de hojas podridas que cubrían la tierra como una alfombra. La temperatura se mostraba agradable en su interior, y el canto de los pájaros y

el ruido de los insectos, producía la impresión de que se entonaba bajo esa bóveda de hojas un himno extraño.

El aspecto de este monte era imponente. Con frecuencia se sentían en él cruzar cerdos salvajes y se veían, aquí y allí, los dormideros de éstos al pie de los troncos. La tierra aparecía limpia en estos dormideros, pulida y excavada. Cuando soplabla la brisa se producía en este monte un ruido agradable de mar embravecido. Varias horas se empleaban en cruzarlo. Las monturas debían ir al paso, porque no había caminos y el jinete tenía que ser dirigido por un verdadero práctico. Se caminaba observando los árboles, observando los caminitos de los cerdos o los rastros de las reses que conducían a las salidas, a las aguadas, a los sitios en que goteaban las frutas, o las hojas que les servían de alimentos. Daba trabajo cruzarlo por las muchas ramas que podían herirnos o producirnos golpes. Era necesario doblarse sobre las monturas muchas veces para evitar esto.

Sitios había en el corazón de este monte en que era necesario dejar las bestias y continuar a pie. Una enorme bejuquera como jarcias de un buque, ascendían hasta la copa de los árboles y allí se entretejían formando una red tan fuerte como extensa. Eran bejucos caros, bejucos de barracos, abrazapalos y ojos de vaca. Algunos tan gruesos como el puño que era preciso cortar con machetes afilados. Caminábase dando vueltas por entre los troncos, como en un laberinto, poco a poco, hasta que al fin, a la salida, volvíase a ver la luz y el cielo que se perdió de vista desde que se entró en él. Un monte como pocos este monte que se levantaba entre esos dos ríos. Los campesinos cortaban allí su madera, sus yaguas y sus cortezas de anón para torcer sus lazos, sus jáquimas y sus bozales. Esa tierra cubierta de hojas secas y podridas era de una fertilidad asombrosa, y toda semilla que allí caía germinaba con vigor.

Durante la época de las lluvias había que atravesarlo muy temprano, porque en la tarde las nubes se resolvían en agua encima de las copas de sus árboles. Casi todas las tardes llovía

sobre ese camino. Se veía tempranito un humo que se desprendía de las hojas secas, acumuladas al pie de los troncos como un colchón. Un olor de madera podrida, mezclado con el perfume de las flores silvestres, se respiraba en él.

Si arreciaba el agua al cruzar por el camino había que seguir. Colábase ésta por entre las hojas, produciendo un ruido sordo, agudo, fuerte, como si lloviera piedras o arena. Dentro del monte persistía largo tiempo la lluvia, después de haber cesado fuera, porque las gotas que habían quedado en equilibrio sobre el hojerío iban resbalando, a medida que el viento aumentaba y continuaba de este modo la lluvia. «El que pasa agua debajo de un monte se moja dos veces» —dicen en el campo. Al cesar la lluvia corría el agua precipitadamente por los declives para los bajos, se formaban caños y hasta arroyitos, cuyo ruido se oía desde lejos. Estas aguas iban reuniéndose en cauces cada vez mayores hasta alcanzar los hoyos del camino para formar lagunas de agua sucia, enrojecida, que permanecían semanas y semanas sin secarse, o llegaban hasta los ríos próximos, deslizándose por sus vertientes como minúsculas cataratas.

Pero en verano, después de atravesar la sabana, donde el sol se sentía sobre la cabeza, sobre la espalda, sobre las manos, sobre la silla de montar, cuando habíamos sudado un poco y teníamos la ropa empapada, el cuello húmedo, las manos pegajosas, al entrar a este monte sentíamos un fresco agradable, un deseo de detenernos para gozar de la brisa fría que nos envolvía. El sol no calienta el aire de los montes. Cuando lo cruzábamos nos parecía que habíamos descansado y salíamos de él con más ánimo para seguir la ruta. El piso estaba seco. Las hojas no se podrían tan pronto. Había más aves entre el follaje.

Por las noches se alcanzaba a ver como una sombra negra, espesa, alta, que cerraba el horizonte. Apenas lo podíamos distinguir. Si lo atravesábamos no veíamos la montura ni nues-

tras manos. Pero en las noches de luna, cuando ésta salía detrás de él, nos parecía que estábamos viendo una cordillera de montañas coronadas de nieve. Sobre el follaje se extendía una línea luminosa. Su interior entonces presentaba un aspecto fantástico. Nos parecía que caminábamos entre las estrellas. Cruzaban cocuyos en todas direcciones trazando rayas de luz. Cantaban miriadas de grillos. Sentíase el aleteo de algún ave nocturna. Las pisadas de las bestias se acompañaban de un eco que sólo dejaba de oírse al salir de nuevo al claro.

Cuando se ha nacido a la vera de un monte no se puede vivir sin él. El monte es como una nodriza. Nos provee de alimentos. Nos da la madera para el fundo, nos da la leña, cría nuestros animales, protege el agua que bebemos, atrae la lluvia, modera el calor. Nos regala la sombra para protegernos del sol. Detrás o enfrente del bohío lo vemos todo el día. Escuchamos sus ruidos. Lo observamos para ver si sus hojas se mueven o están quietas. Siempre ahí, inmóvil, como una cortina, como un muro, como una montaña, dándonos la sensación de lo permanente, de lo inmutable. Por eso el hombre lo ha considerado en otras épocas sagrado. Nos es tan útil que hemos pensado en que nos protege. Y lo hemos considerado humano, preocupado por nosotros, por nuestros hijos, como un Dios. Como Él, crea y sostiene una infinidad de vidas, como Él, castiga, y como Él, protege. Sin darse cuenta el campesino siente un gran respeto por los montes. Los admira, los quiere y hasta les teme. Siente una profunda devoción por esos enormes macizos de troncos y de hojas. Los adora. Cuida de que no mutilen sus árboles sin necesidad y quiere que todos lo respeten como él. Dice «mi monte», «el monte», «los montes», como si hablara de algo que formara parte de su espíritu.

Y es fama que los cruza a pie o sobre bestias, silencioso, con recogimiento, con la cabeza baja, mirando hacia el suelo, en muchas ocasiones. En otras, lo cruza alegre, porque va a pasar por su entraña, va a disfrutar de su protección. A veces

lo cruza y mira hacia arriba, para gozar de su belleza imponente que le provoca un silencio religioso.

La belleza del monte es múltiple, infinita. Cuando lo dora la luz del sol, cuando lo baña la luz de la luna, cuando lo azota la tormenta, cuando lo abate la lluvia. A toda hora, en cada día, en cada estación, eternamente.

Y estos montes densos, que el hombre atraviesa pocas veces, donde la tierra permanece protegida, cubierta por el denso follaje, alfombrada por el hojericó que cae perennemente, donde no ha penetrado el hacha, donde sólo el rayo por mandato divino ha podido abatir alguno que otro árbol; estos montes, son los montes vírgenes, inviolados, casi sagrados, cuya destrucción alcanza las proporciones de una catástrofe.

Partíalo en dos el camino y, a uno y otro lado, se alzaban los árboles como una elevada muralla de verdura.

Hace años que la caña de azúcar reemplazó este monte y borró aquel camino. Desde entonces, sólo se ven por allí innumerables campos de cañas, alguna que otra ceiba, tres o cuatro bateyes, y en los sitios por donde cruzaba el camino, espacios claros cubiertos de pajón, pequeñas manchas de grama dulce, mucho barro y tierra oscura.

La caña que llegó primero a la orilla de aquel camino fue la de la colonia Inocencia de don Marcial Martínez.

En el centro de esa colonia se levantó un batey. Una calle de bohíos, media docena de casitas de zinc, una bodega, cuatro barracones y un molino de viento. Don Marcial Martínez que fomentó su colonia donde se encontraba el monte de Las Malas Mujeres, fue el primero que trancó un pedazo de ese viejo camino y dejó uno nuevo, lleno de peligros, que se cubre de bahes en la época de las lluvias y es menos derecho que el antiguo.

Cuando las hachas abatieron aquel monte y el fuego lo redujo a carbones y cenizas, los moradores de las secciones vecinas pusieron el grito en el cielo. Una protesta, un clamor,

se extendió por aquellos parajes, en donde flotaba, como una niebla, la indignación de centenares de campesinos, que perdieron para siempre su ambiente, su tradición y sus fortunas.

Esa indignación no tuvo límites cuando se le notificó a la vez, que ellos no tenían nada allí y se les desalojó violentamente y tuvieron que dejar sus cercados, sus conucos y sus fundos. Azorados, presos de dolor y de espanto al mismo tiempo, cruzaban los caminos silenciosos, resignados con su suerte, como si una fuerza sobrenatural los empujara. No faltaron, sin embargo, quienes alzaron su voz.

—¡Una cosa nunca vista! —decía el viejo Pancho, mordiéndose los labios—. Esas colonias acabarán con el prójimo. ¡Cómo no lo iba decir! Acababa de ver cientos de matas de plátanos arrancadas. Vasos de potreros abiertos, y vio las palmas que había sembrado Juan José trozadas, rodando por el suelo. Venía por el camino sufriendo y no sabe como no se le saltaron los ojos de ver tanto destrozo en un momento, como si una maldición hubiera caído sobre aquel lugar.

Para los moradores de esos sitios, desde que se fomentó la Inocencia y las otras colonias que le siguieron a poco, todo lo bueno que por allí había se acabó. Hubo que sacar la crianza, llevársela a las lomas, entregarla en manos de amigos y hasta de simples conocidos, a la media, o al tercio, según se conviniera. Las rabizas padecieron mucho por los robos, por la pérdida de sus sitios, porque muchos animales se extraviaron, se desgaritaron, por habérseles quitado sus comederos. Se secaron los hoyos donde *josaban*. Tumbaron entonces los palmares, y todos los árboles de frutas que las engordaban tanto, desaparecieron también. A las vacas, lo mismo que a las bestias que se mantenían realengas, les ocurrió otro tanto. Perdieron sus pastos. Y perdieron muchas y muy buenas aguadas. Ahora no se puede conseguir una paloma ni una guinea, cuando antes se cogían con gran facilidad.

¡Apenas hay hoy donde cortar una vara, coger una yagua,

procurarse anón para las sogas. Desde entonces no se puede criar sin cerca, ni vivir sin la preocupación de los dichosos portillos, para evitar que los animales se vayan para la finca y vengán multas o las apresen como sucede con frecuencia. ¡Fue una calamidad sin nombre!

Por todas partes sólo se ven ahora cañas o retoños, alambres de púas. Carretas y bueyes. Han aumentado los robos y los caminos están llenos de gentes desconocidas que no tienen un *maíz que azar*.

—¡Una desgracia grande! —decía la vieja Juliana moviendo la cabeza—. ¡Un verdadero castigo!

¡Y cómo no iba a serlo! Si le contaban tantas historias. ¡Más vale que no las hubiera sabido nunca! ¡Si no fuera porque las presencié su compadre, cuándo iba ella a creerlas! A ser verdad lo de Josefa y lo del vale Hilario, qué otra cosa podía decir sino que se trataba de un castigo.

El vale Hilario fue desalojado de sus trabajos a viva fuerza y a Josefa le abrieron el conuco para que los animales se metieran dentro. Las vacas acabaron con el platanar y no quedó rabiza de batata que los puercos no sacaran.

Había que preparar las tierras cuanto antes para sembrar la caña. Y los peones se ayudaron con los animales para dejar limpio el terreno. Con los picos, con las mochas y con el fuego se iban agrandando las colonias de la Finca. Todo quedó abierto. Los conucos, los potreros. Se arrancó la yerba y todo quedó liso como el camino, mientras los fundos parecían estar dentro de una sabana. Por todas partes golpes de hachas, estallidos de candela y humo, mucho humo que hacía llorar los ojos y a veces cortaba el resuello. ¡Una devastación!

—Pa que no hable habería que trozarme la lengua —repetía indignado Evaristo.

Un mayordomo le advirtió a Evaristo, el de Las Cañas, que se callara, que no le convenía hablar tanto de la Finca, porque lo podía pasar mal. ¡Y qué más mal podía pasarle a

Evaristo ya, si hacía tres días *sisos* que andaba detrás de una vaca jorra que por causa de la Finca se le había perdido!

—¿Monte? Hay que dir a los *haitises* * —dice Medardo con frecuencia—. Dentrarse por las lomas. Lo que es po aquí no queará ni con que parar un bohío ni componer una cerca.

Porque desde cualquier sitio se alcanza a ver ahora el cielo limpio, sin que lo manche una sola copa de árbol ni lo cruce ningún pájaro. Es una claridad que corta la vista. Todo de un solo verde que cansa, que fatiga. Y un calor que no se puede soportar. El sol le derrite al cristiano los sesos. No se puede dar la menor salida sin tener que cubrirse la cabeza, para evitar un tabardillo.

—Pero, ¿y los víveres? ¿Dónde vamos a descosechar los víveres? —se preguntaban muchos.

Las mejores tierras las habían perdido. El bajo del arroyo, la cuchilla de la cañada Prieta. ¿Dónde harían ahora conucos? ¿Cómo traerían los frutos si tenían que ir a fundar a las lomas, con tanto camino malo y sin bestias suficientes. Por allá dentro se darán rabizas y las siembras se volverán tabucos, porque la distancia impedirá ir a menudo para mantenerlos limpios. ¿Dónde vamos a trabajar conucos?

—¿Dónde? —repetía José Lelo, encogiéndose de hombros—. ¡Donde no estorben! ¡Donde se puea!

Las colonias se multiplicaron con asombrosa rapidez. Todas las tierras apropiadas fueron puestas en estado de cultivo. Por allí no quedó alambre que no fuera de la Finca. La Inocencia, la Elisa, la Esperanza, Doña Ana, Juana Lorenza, ocuparon toda la faja de tierra que comprendía los ríos. Sobre las cabezas el azul del cielo, y abajo el verde uniforme de los retoños, reemplazó a la variedad de tonos del monte y de los conucos. Apenas queda alguna que otra ceiba a medio trozar o seca, con las

* *Los haitiser* es la región nordeste de la isla que aún conserva una densa vegetación tropical y orografía muy quebrada que le dan un carácter autóctono. (N. del E.)

ramas pobladas de pequeños pájaros que apenas se escuchan al pasar. Los cañaverales se multiplicaron y ahora había que dar innumerables vueltas para cruzar de una sección a otra y para salir a la sabana.

Las Malas Mujeres, Tavila, Palmo Espino, Doña Ana, sólo existían de nombre. La inmensa cantidad de maderas que allí se encontraban se convirtió en cenizas. Muchas noches permaneció el cielo enrojecido y tan altas fueron las llamas que allí se vieron, que desde la subida del Higuamo parecía que el cielo era un mar de sangre.

Cuando los vecinos de la sabana llegan ahora al corral común, levantado junto al fundo viejo del difunto Tomás Liranzo, corral antiquísimo, como los del centenario hato de la Pringamosa, formado por gruesos troncos de jobos vivos, bajo cuya sombra jugaron a los *jueyes* sus abuelos y donde trabajan los restos que les quedan de sus puntas de ganados, mientras los animales se cornean alrededor del bramadero, subidos en las horquetas, los criadores, sus hijos, y alguno que otro peón, evocan los ganados de Las Malas Mujeres, bravo y salvaje, para cuya recogida era menester perros especiales, peones prácticos y tiempo disponible.

Añoran la tremenda bejuquera de ese monte que sin machete no se podía franquear, cruzado sólo por rastros de vacas y bestias y en cuyo centro, Eulogio, como un perdido explorador, les daba posada, les ofrecía en qué dormir, porque era con los primeros claros del día, o en las últimas horas de la tarde, con la fresca, cuando podían montar, evitando fatigas, vaqueros y perros, y sorprender los ganados al levantarse, o al recogerse entretenidos en rumiar por lo alto, las hojas del monte, que es fama que dan mejor carne que los pajonales sabaneros.

Los muchachos escuchaban estas historias como si fueran fantásticas, atentos, silenciosos, pendientes de los labios de Fausto o de cualquier peón que las hiciera. Les parecía imposible que eso hubiera pasado en el sitio en que se encontraban

las nuevas colonias, tan claras, tan limpias, donde se veía tanta caña, donde se encontraban esos bateyes que parecían pueblos.

—Por el número 15 —decía uno—, había un tronco de caobán que dos hombres no lo abarcaban. En ese lugar tuvo peleando *Teniente* con un toro joseco más bravo que el de la Piedra. ¡Fue un pleito sin comparación! Tuvimos que dejarlo.

—Y donde está la casa de don Marcial —decía otro—, maté yo un puerco cimarrón con una navaja así. —Y ponía el índice de la mano derecha sobre la muñeca de la mano izquierda, para dar una idea aproximada del tamaño del colmillo.

—¡Ofrézcome! —exclamaban todos.

El viejo Gollo Brito apretando su andullo en el cachimbo murmuraba:

—Pa lo que quea, más valiera que arrasán con tó. Y con nojotros también.

Por todas estas calamidades y otras más que proporcionó, es por lo cual, aún todavía, los campesinos del lugar miran a Don Marcial con mal disimulada ojeriza.

Todo este mal fue la obra de la Finca y de Don Marcial que sembró la primera caña.

Y por eso es que Manuel al oír las pisadas de una bestia y ver una cara extraña, exclama en tono despectivo:

—¡Ese será un finquero! Po aquí no andan otras jentes.

Y los trataba así, por rencor y porque sabía que se creían muy grandes. Como trabajaban a los blancos ya se consideraban más gente que los otros. Y ponía por prueba a Candelario que después que usaba zapatos de la bodega, no era con él como antes.

Al pasar por los carriles algunos campesinos miran su desgracia en esos extensos campos de cañas tan hermosas, en esos bateyes llenos de tanta gente mala, entre las cuales muchos no parecen cristianos.

Es verdad que ahora se consiguen cosas de bodega y se puede vender algo en los bateyes, pero con tanta dificultad que

preferible sería vivir como *de antes*. ¡Tantas leyes nuevas se han sacado!

Pero lo peor de todo, lo más triste, es que don Marcial encontró quienes lo defendieran. Gentes que lo alabaron y encontraron bueno todo lo que estaba haciendo en perjuicio de los *probes campesinos*.

Afortunadamente la mayoría no era nativa del lugar. Casi todos de otras partes, que acudieron allí para caerle encima a los *cuartos* de la Finca y aprovecharse de la desgracia ajena. Muchos de esos trabajadores fueron tan perversos que amacheteaban a los animales por cualquier cosa. Como dieron la orden de trancar la crianza, no había reclamo.

Estos amigos de don Marcial y de la caña eran muchos por desgracia.

A uno de ellos fue a quien el viejo Pablo oyó decir una vez en la bodega en tono jactancioso.

—¡Desengáñese compadre! ¡El monte es para los pájaros!

¡Para los pájaros! ¡Para los pájaros tanto caobán que no lo abarcaba un hombre, tanta caya, todos esos árboles de madera tan dura y que tenían tantos años, que nadie en el lugar se acuerda de haberlos visto de otra manera que como estaban ya de grandes! ¡Ese monte tan fresco, ese sombrío con tantas aguadas! ¡Con qué dificultad se van a hacer ahora los fundos! ¿Dónde se va a *acotejar* el hombre de trabajo?

Estos amigos de la caña, sin duda, han mejorado después que llegó allí don Marcial. Muchos han conseguido monturas y mujeres y hasta han fundado. Gautier Mojica, Chencho, Murciélagos que nunca quiso hacer conucos, se sienten bien. Hay ahora sueldos. Quincenas. *Manijan plata*.

—Todo eso debía ser caña —siguen diciendo cada vez que ven alguna que otra punta de monte—. El monte no da producto. ¿Cuándo?

—¡Yo tumbo con gusto, compadre! —le oyó decir el mismo viejo Pablo a un *correo de a pié* en la bodega—. Alzo caña,

cojo una carreta, hago cualquier cosa, pero los víveres, ¡que lo siembren otros más brutos que yo! Eso no deja. Lo tengo exprimentao. Por mi parte no habría conucos.

—¡Jesús! Estos hombres no tienen *conciencia* —exclamó la vieja Juliana cuando se lo contaron.

Una tarde esta misma vieja Juliana preguntó a Gollo Brito, el de la Lima.

—¿Y de ónde ha venío don Marcial?

—¡Hombre, yo no sé! Pero él no es de estos laos.

Muy pocos sabían en La Inocencia que don Marcial era de Santo Domingo. Nació en la Capital. Una noche, cuando apenas le apuntaba el bozo, a bordo de un balandro, se trasladó a Macorís. Don Marcial deseaba trabajar. Una vez en Macorís, ¿qué podía hacer don Marcial? Dedicarse al comercio o ser colono.

Tuvo un empleo en una casa de comercio importante. Y un día lo mandó su jefe a hacerse cargo de una bodega en Quisqueya. Allí fue donde se apasionó y le cobró amor a la caña. Más tarde, con sus economías, compró unas tierras que retuvo mucho tiempo. Cuando se deshizo de ellas fue para comprar otras y fomentar La Inocencia. Esto era lo único que sabía Chencho el Mayordomo.

Pero un día Chencho quedó mejor informado. Don Antonio se sintió ofendido. Supo que don Marcial lo había murmurado con Abelardo. No fue gran cosa lo que dijo, pero no debió decirlo. Y desde ese momento don Antonio le pagó con la misma moneda. Abelardo le suplicó que guardara reserva y no se diera por entendido. Por eso, por proteger al Ajustero fue por lo que no hizo una averiguación. ¿Dudar de su honradez? Si ese era el único capital que él tenía.

Este enojo de don Antonio dio lugar a que un día éste le dijera a Chencho:

—Aquí nadie puede hablar. El que más y el que menos tiene sus trapos sucios.

—Pero yo estaba engañado —respondió el Mayordomo—. Yo lo tenía por muy honrado.

—Pues estabas equivocado. Yo porque no hablo. Ni quiero que lo repitas tampoco. Eso pasó hace mucho tiempo. Ya casi se ha olvidado. Pero de que fue así, no tengas duda.

—¡Parece mentira!

Don Antonio le contó casi todo lo que él sabía. Se lo dijo un comerciante muy serio de Macorís. Se reservaba el nombre. Dio malas cuentas en Quisqueya. Casi quebró la bodega. Compró tierras, compró casas y todo eso lo puso en nombre de otra persona. No lo procesaron porque lo salvó un abogado. Fue un desastre.

Chencho se quedó asombrado. Don Antonio agregó:

—Pero no repita eso. Que se quede entre tú y yo. Te lo he dicho porque me ha dado soberbia que se pusiera a hablar de mí en esos términos. Sin tener razón.

Muchas veces, cuando Chencho veía a don Marcial conversando en la bodega con don Antonio, se recordaba de esta conversación. Sin duda ya don Antonio la había olvidado. Y él no se la iba a tocar. ¡Quién sabe si eso no era verdad y el bodeguero lo dijo por despecho! ¡La gente habla tanto!

Don Marcial gozaba, sin embargo, de muy buena reputación. Todos en la colonia lo consideraban recto y honrado. Y para los campesinos y para sus peones un colono muy importante.

—Lo que yo sé es que como cañas tiene —decía Gollo—. ¡Eso es una barbaridad!

—Debe tener buen resto —afirmó Juliana.

—¡Tomaríalo yo! ¡Ese es rico y rico!

Y por lo que se refería a la caña, el viejo Gollo no mentía. Sabía bien lo que afirmaba. Demasiado conocida tenía él la colonia de don Marcial. La había cruzado a pie, a caballo, en todas direcciones, por todos los carriles. Es verdad que comparada con las colonias que tenía la Finca, La Inocencia era

una cabeza de alfiler, pero para un solo hombre, no hay duda que era bastante. ¡Y buenaza esa caña! ¡Lástima que no estuviera en mejores condiciones!

Pero en la apreciación de la fortuna Gollo se había equivocado. ¿Rico, don Marcial? Así creían también los peones y un día el mismo don Marcial oyó de paso que lo murmuraban.

—¡Si don Marcial aflojara!...

—¡Es un hombre muy agarrao!

—¡Duro como una piedra!

Iba sobre su caballo para el corte y no pudo menos que sonreír al oír una de estas expresiones.

¡Las cosas de la vida! Sus trabajadores no podían conocer su verdadera situación. ¿Rico? Debía serlo. ¡Pudo haberlo sido! Y si la cantidad de trabajo midiera la fortuna, si el trabajo honrado fuera el medio de adquirir riquezas, don Marcial tendría que contarse entre los ricos. Desgraciadamente para él, no es trabajando que se logra la fortuna.

¿Rico? A menudo don Marcial pensaba en las circunstancias que lo determinaron a fomentar esa colonia.

Las tierras ocupadas por La Inocencia se conocían por el sitio de Las Malas Mujeres. Para la Compañía Nacional era el Departamento Norte, o la zona William, así llamada porque fueron compradas esas tierras por un antiguo empleado que llevaba ese apellido. Por el oeste de esta zona se extendía otra más grande todavía, la zona Marmolejo, que llegaba hasta el pie de la montaña, y la cual se fomentó al mismo tiempo. La Compañía procedía en todos esos sitios con gran actividad a la siembra de cañas por Administración o por Contrata, alentada por el buen precio y con el propósito de aumentar rápidamente la producción. En ese tiempo se compraron miles y miles de tareas de tierra y centenares de posesiones que eran potreros, conucos y botados, y otras fueron ocupadas en virtud de adjudicaciones judiciales, por sentencias de Tribunales competentes.

En Las Malas Mujeres, sitio muy nombrado, quedó fuera de las compras de la Compañía, la parte que ocupaba La Inocencia. Era ésta una especie de bejuquera muy estratégica, difícil de explorar y por donde no había trillos, ni transitaban los moradores de las secciones de la sabana. En esos terrenos había vacas cimarronas y era difícil el monte. Allí estaba sitiado el ganado de don José Contreras, que se vio obligado a tomar esos terrenos por la circunstancia de que en ellos tenía la mayor parte de su crianza del monte. Cuando hicieron la mensura del sitio, que comprendía muy buenas tierras, llanas y fértiles y con innumerables aguadas, él expresó el deseo de que le midieran allí sus títulos y desde entonces una gran área de tierra se había respetado como de su exclusiva propiedad.

José Contreras nació rico. Sus padres fueron propietarios de grandes puntas de ganados y extensas propiedades en diferentes sitios. Las principales tierras que poseía las había heredado. Compró después algunas con el propósito de asegurar pasto a sus ganados, entre ellas el pedazo de Las Malas Mujeres.

Durante su juventud se ocupó de la crianza de ganados. Era considerado como un campesino acomodado. Al pasar por ciertos lugares los ganados no mostraban otra estampa que la de él, constituida por una figura extraña que recordaba una de las letras del alfabeto griego.

La casa de sus padres era un antiquísimo fundo situado al pie de una cuchilla de monte. El sitio se conocía por La Ceibita. Allí había un viejo corral, donde se trabajaban las reses, dividido en corral grande y corral pequeño. En este último se hacía el ordeño. Hubo un tiempo en que la familia se ocupó en la fabricación de quesos criollos. En la sala del bohío podía verse sujeta por dos sogas torcidas en la casa, una tabla ancha sobre la cual se ponían a secar los quesos en sus *sunchos* de yaguas. No faltaba allí también la buena longaniza, como tampoco en la tasajera, situada del lado del patio, un par de ce-

cinas, hechas por Cundo, un negro fuerte y alto, que hacía las funciones de esclavo, cuando sus progenitores que lo fueron, habían ya desaparecido.

José era el más pequeño de la casa. La familia estaba compuesta por cuatro. Una sola hermana. Permaneció soltera toda la vida. Blanca y alta como una espiga, con su pañuelo de madrás muy bien atado a la cabeza y su cachimbo en la boca, su túnico de pursiana morada o de fondo blanco con diminutos dibujos negros, se veía hasta hace poco en el dintel del fundo casi todas las tardes, oteando la sabana, su panorama familiar desde que abrió los ojos al mundo. Uno de los hermanos, el mayor, que a la muerte de su padre también llamado José, se había encargado de los bienes, murió en la Capital a causa de las viruelas. El otro hermano casó joven y levantó su fundo cerca de *Casa vieja*. Allí formó una familia numerosa, entre la cual se encontraban algunos varones trabajadores y honrados.

Siendo José el más pequeño entró muy tarde en posesión de lo suyo. El y su hermana soltera quedaron en comunidad. El administraba los bienes de los dos. Su fortuna consistía en tierras situadas en lugares muy distantes y casi todas comprendidas en sabanas, porque su haber principal consistía en ganados.

José siguió viviendo en la casa vieja con la hermana y Cundo. La Ceibita era un sitio muy conocido de todos los criadores.

—El que tiene ganado gana de noche y gana de día, por eso los Contreras son ricos —decía mano Hilario.

Siempre fueron respetados y queridos en el lugar. Se les acusaba de avaros, pero muchos los consideraban generosos, porque allí obtenían leche en primavera, cuando los pastos estaban buenos y las vacas venían paridas. También la tasajera dio de comer en muchos fundos.

Don José era un zagalejo cuando la anexión a España. Recuerda que su familia se trasladó en esa época a Santo Domin-

go. Todos eran adictos a la Metrópoli y consideraron conveniente refugiarse en la Capital, para librarse de las depredaciones de los patriotas, llamados entonces mambises. Contaba don José que fue esa una época triste para la familia. Su padre era un rico propietario en el Este de la República, emparentado con Pedro Santana, el libertador y anexionista. En su casa tenía colocado en sitio de preferencia un retrato del Marqués de las Carreras. Sentía una gran admiración por el grande hombre, honra de la Patria y de la familia.

Un día fue huésped de Contreras un tal Ramírez, de la Capital, que iba de paso para Higüey a cumplir una promesa. Como viera en la sala de don José el retrato de Santana, sin saber que era pariente de su amigo, exclamó:

—¿Cómo tiene usted ahí ese retrato? ¿Por qué usted no tiene el de Duarte?

—Bueno. Este es primo de mi padre y el que usted dice no lo conozco. Ni sé nada de él. Ni nadie me ha contado nada de él, ni creo que tiene familia aquí. Quizás hablarán de él papeles. Pero a éste lo conoció aquí todo el mundo. Aquella casa que usted ve allí —y señaló un viejo caserón situado en una esquina, construido de tablas en bruto de caoba—, era la casa en que se hospedaba cuando pasaba por aquí. Era dominicano por sus cuatro costados, valiente, honrado y responsable. Yo creo que fue él quien hizo salir de aquí a los haitianos, si no me equivoco.

—Sí, pero fue un traidor.

—¿Traidor? ¿De quién?

Manuel Ramírez hizo a don José algunas consideraciones sobre la Independencia y luego sobre la Anexión. Cuando terminó, don José le replicó:

—Yo no sé de eso. Pero tengo mi creencia. Para mí salimos de los haitianos porque eran más prietos que nosotros y salimos de los españoles porque eran más blancos. Aquí los

que mandan son los mulatos. Aquí ningún dominicano vale nada. Depende de su color.

Después de una pausa, don José continuó:

—Yo voy a decirle mi creencia. Aquí en el pueblo hay dos barberos: uno es blanco como yo, el otro es prieto, o bajo de color, como dicen. Pues bien, si usted pregunta en el pueblo cuál es el mejor barbero, nadie le dirá: ¡éste! Para los blancos es el blanco, para los prietos es el prieto. Puede que los blancos se arreglen con el prieto y viceversa, pero esto no quiere decir que no tengan su partido dividido. Nadie lo dice por lo claro, pero todo el mundo busca el de su color. Bueno, se rebujan, pero no se juntan.

»Todas las cosas son aquí de color. Cuando un prieto coge a un blanquito lo fusila. Y cuando un blanquito coge a un prieto le hace igual. Hace tiempo que yo vengo pensando en esas cosas. Mi papá me contaba que cuando los españoles, por aquí, sólo eran sus enemigos los negros de Las Cañadas, que venían en cueros aquí a robar y a matar. Todas las familias blancas de aquí se protegieron con los jefes españoles. Todavía usted puede averiguar eso. ¡Traidor! ¡Si su idea hubiera salido estaríamos mejores!

Ramírez, que pensaba salir al día siguiente, inventó un pretexto para continuar su viaje después de la comida. Comprendió que había incurrido en el desagrado de don José por estar echándose de patriota, porque después de todo, pensó, que esas discusiones ni le iban ni le venían.

Por el camino iba después reflexionando sobre lo que había oído. Don José puede que tuviera razón. Un pueblo de veinte colores, nadie puede obtener la opinión unánime de esos veinte grupos. Por eso aquí nadie es nada, sino para su grupo. Y por eso cuando uno sobresale en un grupo, los otros diecinueve lo aplastan. Aquí todo el mundo tiene que tener la misma medida.

Como don José tenía ganados por los lados de Hato Mayor,

donde su padre había entregado al tercio una becerro, perdida hacía muchos años, y ya su estampa era la más numerosa en aquellas llanuras, tenía que ir todos los años a esos sitios para trabajar las reses que allí tenía. Esos viajes duraban más de una semana. Continuó don José las viejas relaciones de su padre. Dejó los mismos Mayorales y en las mismas condiciones hasta que el último, José el Tuerto, murió a causa de un palo que le cayó sobre la cabeza haciendo una tumba. Fue entonces cuando encargó del ganado de Cola Sucia y del de Las Malas Mujeres a su compadre Eudósio Sosa, casado con una prima segunda de él. Hasta ahora estaba satisfecho de su conducta. Era un hombre honrado. Siempre le guardaba los cueros de las reses que se morían o malograban para poner a salvo su conducta. Esto satisfacía mucho a don José.

Fue en uno de esos viajes que José conoció a Anastasia Rojas. Era hija única de unos pobres campesinos muy honrados y distinguidos del lugar. José se enamoró de ella y formó una familia compuesta de tres hijas. Hubo una época en que Contreras permaneció hasta un mes en casa de Anastasia, pero nunca vivió allí permanentemente. No quiso dejar sola a su única hermana y quizás fue esa la causa por lo cual en esa época no se casó con la hija de los Rojas.

Viviendo con ella murieron los padres de Anastasia y desde entonces tuvo que ir periódicamente a ver a sus hijas. Estas visitas no fueron tan regulares a partir de la fecha en que, por razones de conveniencia, tuvo que casarse con una joven prima hermana suya que vivía en el pueblo. Toda la vida guardó José la más tierna afección por Anastasia quien observó una conducta ejemplar.

A la muerte de los padres de don José la herencia estaba constituida por un centenar de reses sitiadas en diferentes lugares y por unos cuantos pesos de derechos de tierras. Esto sin contar la casa y una infinidad de chucherías de menos valor. El padre de don José tenía tierras en Las Pajas, en El Cuero, en

Juana Lorenza, y ganados en el primero y en el último de estos sitios. Las reses se dividieron entre los hermanos. Las tierras quedaron en comunidad hasta que el hermano mayor tomó estado. Don José recibió entonces lo que le correspondía. Esta partición se hizo sin intervención de la justicia.

Cuando don José se casó a su vez aumentó su fortuna. Su esposa también tenía reses y tierras. El padre de la mujer le entregó en seguida lo que le correspondía.

En una ocasión don José quiso darse cuenta del valor de sus bienes. Las reses de Las Pajas estaban divididas en dos ganados, el de Cola Sucia y el de Las Malas Mujeres, uno de monte y otro de sabana. No sabía exactamente el número de cabezas que poseía. Nunca las había contado, porque eso era de mal agüero. Se lo oyó repetir muchas veces a su papá. Y si sabía exactamente el número se cuidaba mucho de decirlo.

—Una poquita —repetía a todo el que le preguntaba como cuantas reses tendría—. Una migajita.

Tenía además otras reses en otros sitios, pero en pequeña cantidad.

En cuanto a sus tierras la apreciación era más precisa. En Las Pajas tenía cincuenta pesos de títulos. De éstos, veinte eran de su mujer. Y el resto proveniente de su herencia. Con estos derechos había tomado solamente dos posesiones. Una en la sabana y otra en el monte, en el sitio de Las Malas Mujeres. La posesión de la sabana era la misma que tenía su padre. Solamente que el antiguo vividor había muerto y él, don José, puso a otro, a su compadre Magdaleno del Rosario, hombre honrado y de trabajo. En la de Las Malas Mujeres tenía a Eulogio Mejía, un negro como pocos. Estos vividores tenían derecho a hacer conucos, para su provecho, con la condición de traer de cuando en cuando a don José algunos víveres. Podían aprovecharse de todo, pero no tenían autorización para desperdiciar el monte, cortar maderas, hacer carbón. Podían vender yaguas y frutas. En cambio atenderían al ganado, lo curarían

y podían ordeñar las vacas paridas que quisieran, hacer quesos a la media y si alguna se malograba o se moría, les correspondía una parte de la carne, la mayor porción era para don José.

La cantidad de tierras que poseía don José era enorme. El sitio era muy grande. Una vez don Gerardo, un agrimensor, le dijo que podía tener, por lo menos, diez caballerías, es decir, unas doce mil tareas nacionales. Para su ganado eso era más que suficiente. No las necesitaba para otra cosa, puesto que tenía más tierras en su propia casa y éstas las utilizaba para tener los animales del servicio y hacer conucos. Aquí donde estaba el fundo sí tenía cercas.

No ambicionaba tener más tierras. Por eso cuando en una ocasión llegó a su casa un señor de Macorís, muy apurado, ofreciéndole en venta unos cien pesos de títulos de Las Pajas los rehusó. ¿Qué iba a hacer con más tierras? Inútil fue que este señor se las propusiera a buen precio. Ni regaladas que se las hubieran dado las quería. ¿Para tener más papeles?

Refiriéndole al alcalde esta visita, don José recalcó:

—¿Qué voy yo hacer con más tierras? Yo creo que la mitad de Las Pajas es mío.

Pero el alcalde que había llegado la víspera de Macorís lo puso en autos de lo que él no sabía.

—En Macorís —le dijo—, se rumorea que van a fomentar nuevas colonias en ese lugar y dicen que hay muchos títulos falsos. Que los están haciendo a la carrera.

Luego agregó:

—¿Usted se fijó de quién eran esos títulos?

Don José ni siquiera los tuvo en la mano.

Por la noche en su casa don José pensó un buen rato en esta noticia que le dio el alcalde.

Dos meses después se apareció otro individuo en casa de don José vendiéndole otros títulos del mismo sitio. Esta vez don José quiso averiguar a quién pertenecían. Tomó el título en la mano, se colocó sus espejuelos y se acercó a la lámpara.

Don José quedó sorprendido. Esos títulos eran de José del Carmen, un negro más pobre que un ratón de iglesia, que él conoció muy bien, y que, además, hacía años que había muerto.

Don José se limitó a decir, al vendedor.

—¿Y cómo consiguió esas tierras este sujeto? ¿De quién las heredó? ¿A quién se las compró?

Pero el vendedor no pudo contestarle. Realmente él no era el dueño. Le habían entregado esos títulos en Macorís para que los vendiera a personas que tuvieran interés en esas tierras.

Cuando don José volvió a ver al alcalde lo puso al corriente de lo que pasaba.

Algunos meses después los propietarios del sitio de Las Pajas se reunieron para pedir al Tribunal por medio de una instancia, que ordenara la mensura del sitio que hasta entonces había permanecido comunero.

Se realizó esta mensura y como resultado de ella, don José se enteró de que no poseía las tierras que él imaginaba. Con los títulos que poseía apenas podía cubrir la tercera parte de la cantidad de tierras que en ese sitio, desde tiempo inmemorial, se había considerado como de propiedad de los Contreras.

Esto ocasionó a don José una gran preocupación. Cómo se haría para que su ganado dispusiera de la cantidad de tierras que necesitaba. Le era indispensable proporcionarle pasto a estas reses. Y además asegurar las posesiones que allí tenía.

Después de reflexionar un poco resolvió comprar una cantidad de títulos suficientes para cubrir esas tierras. No le quedaba otro remedio.

Con ese motivo hizo un viaje a Macorís y allí celebró un compromiso con un individuo que poseía títulos de Las Pajas, porque los había comprado a diferentes propietarios. Don José no quiso averiguar si eran de los legítimos o de los falsos. Lo importante era que estuvieran reconocidos por la Comisión correspondiente. No quedó hecho el negocio, de una vez, pero el señor le dio palabra de que contara con ellos. Don José no dis-

ponía en ese momento de efectivo y tenía que vender algunas maderas para hacer dinero.

Don José no pudo ocultar la contrariedad que esto le produjo. Pasó un tiempo haciendo diligencias para conseguir el dinero para los títulos. Se le presentaron algunas dificultades, porque no quería quemar sus reses. Deseaba venderlas bien y la situación no era muy buena. El dinero estaba escaso.

Transcurrió un tiempo. Un día fue informado de que los títulos que tenía tratados en Macorís fueron vendidos a don Marcial Martínez y que éste vendría a medir lo que le correspondía de un momento a otro. Fue inútil que don José hiciera un viaje expresamente para arreglar este asunto. Cuando se vio con el dueño de los títulos ya era tarde. Hacía cosa de dos semanas que había cerrado el trato con el otro comprador. Por toda excusa le dijo:

—Yó lo aguardé bastante, mi amigo. Y le escribí dos o tres cartas que usted no me contestó.

Don José no había recibido nada. Estaba seguro de que no se las escribió. En vista de esto don José regresó a su casa y no le quedó otro remedio que conformarse con lo sucedido.

Como consecuencia, perdió casi la mitad de la posesión que tenía en Las Pajas. La más importante. El pedazo de monte de Las Malas Mujeres, donde tenía el mejor ganado. Allí sólo le quedó una cantidad de caballería y media. Y en la sabana se hizo medir unas seiscientas tareas para cubrir el otro sitio.

Este fue uno de los mayores disgustos que experimentó don José. Pero ya había tenido otros no menos desagradables.

Hacía cosa de dos años le ocurrió otro incidente que estuvo a punto de arruinarlo. De esa fecha databa su odio a los abogados y a la justicia. Cada vez que se refería a su pleito exclamaba:

—Ya sí que no se puede vivir. Estamos rodeados de pillos, mi amigo.

Un día vino uno de los vividores de Las Pajas a avisarle que

se había muerto una res. Le dieron la noticia en Las Cañas y fue a reconocerla. Era una vaca recién parida. Pero la novilla estaba bien y se podía criar. Don José encargó que no se la dejaran morir y el vividor le prometió que se ocuparía mucho de cuidarla. Ya don José se había olvidado de esto, cuando seis meses después volvió el vividor a decirle que los Madrigales, unas gentes de Juana Lorenza habían herrado la novilla. Don José sacó en limpio que el vividor no la había herrado, que además la dejó mostrenca y que por ese descuido los Madrigales se aprovecharon para cogérsela. Después de reconvenir al vividor don José resolvió, en malahora, someterlos a la justicia. Fue a Macorís, buscó un abogado y entabló un pleito. Varias veces tuvo que presentarse al Tribunal. El abogado le hizo gastar alguna plata y, seis meses después, fue sentenciado a pagar daños y perjuicios a los Madrigales por falta de pruebas. Don José hizo oposición a la sentencia. Se prolongó la litis mucho tiempo. Una mañana se presentó en su casa un alguacil notificándole un embargo de todos sus bienes. Volvió don José a Macorís y habló con su abogado. Tumbaron el embargo, pero la litis se prolongó por más tiempo. Don José gastó una suma considerable. El abogado lo arruinó. Por fin al cabo de un tiempo para no seguir perdiendo dinero tuvo que hacer una transacción con los Madrigales, dándoles una suma para que abandonaran el pleito. Sufrió tanto Contreras en esta ocasión que no quería que nadie le hablara de eso.

—Yo no comprendo cómo por reclamar uno lo que le pertenece, tenga que perderlo y pagar dinero encima.

Desde entonces cada vez que le nombraban abogados se le subía la sangre a la cabeza. Los consideraba como la peor plaga del mundo.

Cómo iba don José a querer saber de abogados. No podía olvidar lo que le decía el suyo siempre que iba a Macorís. Después que le pintaba las cosas muy bonitas lo despedía siempre con lo mismo.

—No se preocupe. Ese asunto no se puede perder. Déjeme treinta pesos para los actos y descúidese. A mí no hay quien me gane pleito.

Otras veces le abría un libro grande.

—Vea lo que dice el artículo 32... Esto está más claro que el agua. Yo no sé en qué se habrá podido fundar el Juez para dar esa sentencia. ¡Bueno, aquí se ven cosas! Vea este otro artículo —y le abría el libro por otra parte.

A última hora Contreras tuvo que cerrar el bolsillo. Si se sigue llevando de todo lo que le decía lo hubiera pelado como una gallina.

—¡Abogados! ¡Abogados! A mí que no me los mienten —decía cuando se indignaba—. No saben más que sacarle cuartos al prójimo. Y cuando pierden todos dicen lo mismo: «¡Estos Jueces!»

Todos los años iba don José de temporada a casa de su compadre Eudosio Sosa, que vivía en la sabana, y que era su Mayoral, para recoger el ganado mostrenco, señalarlo y herrarlo. Una semana pasaba allí. Durante ese tiempo, en compañía de Eudosio y de algunos peones, monteaba todos los días, sacando el ganado que allí se hacía extravagante. Considerábase buen comederero el sitio de Las Malas Mujeres, porque ese ganado así salvaje se conservaba siempre grueso. En el centro se levantaban los trabajos de Eulogio, el vividor, quien mantenía un par de conucos en buenas condiciones. Era la única persona que se había arriesgado a fundar dentro de ese monte por donde no pasaba un cristiano. Cuando monteaban en él tenían que ir provistos de machetes para hacerse camino en ese intrincado laberinto de bejucos. A esa circunstancia se debía que ese ganado padecía poco a causa de los cuatreros que por esos lugares no eran escasos.

Eudosio Sosa se había hecho cargo de ese ganado extravagante de su compadre José, porque contaba con Fausto y con Chaqueta. Muy inteligente, dispuesto y trabajador aquél, y un

perro sin compañero éste. Como Fausto eran pocos los hombres que había conocido Eudosio. Una noche se presentó en su casa. Supo después que había desertado del Batallón en Santo Domingo. Le dio posada. Luego trabajó en sus conucos y le amansó unas reses. Fue su brazo derecho. Cuando lo descubrió con relaciones con su hijo lo despidió de su casa. Pero ella lo quería de veras y fue de él. Un hijo y luego las paces y desde entonces se instaló en su casa, para el conuco, para las reses, para la diligencia precisa, curó el caballo, cobijó el rancho, levantó trabajos en sus tierras y ya no sabía a quién querer más, si a Manuel su hijo o al negro Fausto que no tenía comparación.

Y en cuanto a *Chaqueta*, se lo llevó su compadre José, después de habérselo ofrecido muchas veces y por su comportamiento le cogió cariño. ¡Cuántos disgustos le ocasionó con los vecinos! Lo tuvo oculto un tiempo porque se lo entregaron después que produjo una avería en Hato Mayor. Le clavó un colmillo al hijo del alcalde. Pero ya había pasado un tiempo de ese suceso y todos sabían en el campo la historia del perro. Para *Chaqueta* no había ganado bravo que no sujetara. El era el verdadero mayoral de las vacas de Contreras. Hasta la más extravagante, la *Careta*, una vaca jorra que siempre estaba gruesa, se podía traer al corral con gran facilidad. Perro que trabajara como ése no lo había en esos contornos. Salir al campo con él era no perder el tiempo. Las encontraba donde quiera que estuvieran. Regendía los montes, atravesaba ríos, no reconocía obstáculos, y las paraba en cualquier forma y en cualquier sitio. Nunca lo habían herido y más obediente que él ni la misma *Azucena*.

Alto, de pelo fino, con una mancha en la frente y el hocico largo, los ojos color de nísperos, *Chaqueta* acompañaba al vale Eudosio a todas partes y hacer su elogio le producía un placer incomparable. Con mucha dificultad había permitido, a muy contados amigos, que sacaran crías.

Pero hubo una época, sin embargo, que no se podía trabajar. En el Este se declaró un bandidaje sin nombre. En todas partes aparecían partidas de bandidos que no respetaban ni la vida ni los intereses de nadie. No se podía contar con nada. Todo estaba perdido. Y Las Malas Mujeres se convirtieron en madrigueras de estos bandidos. Con ese motivo don José no pudo ir a Las Pajas a ver sus intereses durante mucho tiempo. Era un peligro coger un camino. No había garantías. Hasta el mismo Eulogio tuvo que salir huyendo. Allí *paraban* los malhechores más renombrados que ha tenido la República. Más de dos años pasó Eudasio sin ver esas reses. Entonces no se podía montar ni dar salidas con frecuencia. Por muchos sitios y a todas horas se podía tropezar con partidas de aquéllos. En el campo no había tranquilidad. Diariamente se referían andanzas, crímenes, robos y atropellos. Los campesinos honrados vivían asustados. A cada hora un suceso.

Y de allí, de Las Pajas, de La Sierra, de La Yerbabuena, de todos los rincones surgían bandadas de malhechores que infestaron toda la Provincia.

Y una noche se acercaba al mostrador de una bodega un hombre oscuro, vestido de andrajos, con un sombrero de cana con el ala baja, cubriéndole parcialmente el rostro. Pedía un trago y mientras el dependiente se lo servía, echaba una mirada por los alrededores. Luego desaparecía sin decir una palabra, sin hablar con nadie. Solamente se le vio un cuchillo en la cintura. A poco, un peón se acercaba al dependiente y con mucho sigilo le decía:

—¿Uté vido ese hombre? ¡Ese no e de po aquí! Yo credé que e de la gente.

Y no se hablaba de eso. Quizás, si al dependiente no se le olvidaba, al cerrar la bodega, decía al dueño, sin darle gran importancia:

—Esta noche estuvo aquí un gavillero. Pidió un trago y se fue.

El encargado de la bodega no contestaba. Simplemente examinaba su revólver, le recordaba al empleado que revisara las puertas y luego se acostaban para no dormir.

Otro día, un sábado, se bailaba en la enramada del camino del Hoyón. Frituras, bebidas, caballos, gritos y vivas. Gran animación. Es Ventura quien está en el palo. Nicumedio canta.

¡La guardia rudal, ay!

¡La guardia rudal, ay!

De pronto, Eufemio se retira hacia fuera y llama a su compadre:

—Vale, sálgase. ¿Uté conoce ese hombrecito que se ha arrimao a la esquina del bohío?

—No, compadre. Deberá ser de los que tan tumbando pallá arriba.

—No, compadre —respondía Eufemio y casi en secreto añadió—: No me guta esa facha. Ese pué ser de la gente. Vámono quedando aquí por si acaso.

Pero en una ocasión, detrás del primero que aparecía en la fiesta se presentaba un segundo, más tarde un tercero y cuando la bachata culminaba en entusiasmo, sonaba un tiro, y otro, media docena en seguida. Relucían los machetes, las mujeres huían dando gritos, se oía un tropel de caballos, las luces se apagaban y las detonaciones continuaban, pero más lejos. En el piso hay tres o cuatro hombres y sangre. En la bodeguita una mujer está casi desnuda, con los vestidos rasgados, el cabello alborotado y hablando en alta voz.

—Fueron ellos —decía uno.

Y mientras se ocupaban del muerto y de los heridos, comentaban:

—A mí me se puso. Yo no quería vení.

—Y mi compadre me lo dijo —decía otro.

—Ese hombrecito que taba pegao al palo me dio mala epina.

Y una negrita que no cesó de bailar desde que llegó y no

repuesta todavía del susto, al ver cómo cayeron a balazos y cuchilladas aquellas gentes, exclamó:

—¿Y por ónde vinién?

Mientras un hombre delgado, ya un poco viejo, murmuraba:

—A mí me lo dijién, pero como jaban tanto no lo quise creer.

Y un negro con un pañuelo rojo en el cuello, lanzando quejidos e imprecaciones decía a otro:

—¡Me han cortao, vale, pero no hay cuidao!

Al día siguiente al trabajo. ¡Qué iban a hacer! «El muerto al hoyo...» Andar con precauciones, desconfiar del desconocido, no olvidar sus armas. Ganarse la confianza de ellos si era posible. Hacerse sus amigos y no delatarlos. Servirles en lo que podían. Y confiar en mejores días.

Días después, por la gran calle de Santo Angel van dos carretas cargadas de cañas. Margarito va de pie sobre el pértigo. Antonio a pie dándole clavo al tronco para salir de un mal paso. Un hombre bajito con una mocha en la mano cruza en dirección contraria sin saludar. Después de un rato, cuando las carretas están cerca del peso. Margarito, se dirige a Antonio y le dice:

—Ese hombre que pechamo hace un rato e dellos, vale. Yo lo conozco como mis manos. A ese le llaman *El Pato*.

Y Antonio no dice nada. Sigue arreando sus bueyes.

Una prima noche Esteban, el mayordomo de La Cuchilla se dirigía al batey. No había luna. Al coger el carril del chuchó, cerca de la esquina del cañaveral, le salieron tres hombres. Uno le agarró la brida, mientras profirió:

—¡Párece! —enseñándole el revólver.

Los otros dos le metieron la mano por debajo del saco. Le quitaron el revólver y le cogieron cuanto llevaba encima. Un reloj con su leontina y unos cuarticos de billete. No pudo defenderse. Venía muy cerca de la caña y cuando se dio cuenta

ya estaba desarmado. Afortunadamente le dejaron el caballo. Siguió su camino, como si nada le hubiera sucedido. En el batey no contó a nadie la ocurrencia.

Y Pedro levantaba la cabeza en el conuco cuando sentía pisadas de bestias. Gertrude dejaba el camino real si le cogía la noche. Josefa golpeaba la ropa en la cañada, pero se iba derecho a su casa si algún desconocido cruzaba por el paso y la miraba con fijeza. El caballo se amarraba a sogas corta todas las noches. Las puertas se reforzaban en los fundos, y pocos hablaban de eso. Cuando algún forastero preguntaba por los del monte, le decían lo mismo.

—Ello, po aquí no se ha sentío ná.

Y a veces estaban cuatro o cinco detrás del conuco, en el monte vecino, esperando un sancocho que Agustina les estaba haciendo. Y en el fondo sólo se oía el picoteo de los carpinteros y el chirrido de las ciguas.

Una noche, seis hombres a caballo, cuatro o cinco de a pie, unos detrás de otros, descendían hablando en voz baja, cuesta abajo, en dirección al llano, encendiendo cigarrillos o arreglándose las armas que se le deslizaban en la cintura. A trechos una densa oscuridad en la cual apenas se veían unos a otros. Más adelante, en un claro, la luna dejaba ver los contornos de los troncos y las manchas del ramaje. A veces el trillo y los gramales. Un paisaje a dos tonos. Saturado de silencio, tanto más profundo, cuanto que sólo recogía las pisadas de las bestias y el susurro de la cañada que corría por un lecho de piedras.

Allá fuera les esperaban otros tantos para juntarseles y resolver lo que harían esa noche. Eran ellos, los del monte, que iban a desparramarse a esas horas por los bateyes, por los bohíos, o se encaminaban en busca de algún hablador, o de algún acomodado para obtener fondos o simplemente para conseguir dos o tres revólveres más.

Camino de La Piedra, enfrente del fundo de Felipa, los perros ladraban un buen rato y dentro Patricio murmuraba:

—¿Vale, uté ta oyendo lo perro? ¡Azunte!

—Parece que e gente. Y no son poquito.

Mientras Felipa intranquila, agregaba:

—No prendan lú.

Y luego de pasar una hora desvelados, volvíanse a dormir confiadamente.

Y transcurrían días, semanas, meses, viviendo esa vida sin remedio, sin consuelo. En cualquier sitio, a cualquier hora, alarma, pánico o una desgracia inesperada, tanto más trágica y dolorosa cuanto más impune. Pero muchos sentían secretas simpatías por ellos. Por su mediación había crecido su hacienda, a su protección debían el aumento de su prestigio, y de su amistad derivaban variados y frecuentes beneficios. No hay desgracia, ni mal, ni acontecimiento que no sea útil. Todo en la vida tiene necesariamente su compensación. Los del monte, pues, tenían sus favorecedores que a veces eran aliados o simplemente copartícipes a la hora del botín. ¡Cómo recuerdo ahora mi reloj de bolsillo! De las manos de Bulito Batías volvió a las mías, haciendo escalas.

Y una tarde, bajo la mata de mango del fundo de Eudosio Sosa, mientras arreglaban un puerco, Saturio, un mozo de veinticinco años, que anduvo con una sogá atada a los brazos y anudada a la espalda, con el grupo de *El Pato*, que lo hizo preso por el paso del Higuamo, refería su historia.

—Me cojién como a las cuatro de la tarde. Me quitán el machete y el cuchillo. *El Pato* jué que me amarró. A poco pasamos a lotro lao. Seguimos po el camino de Hato Mayor un rato, dispué nos metimos en el monte. Andamo mucho, pero nos paramos detrás de un conuco. Ya había dentrao la noche. Un mulatico le pidió el revólver a otro.

—¿Déjame ve, te ha salío bueno?

—Bueno y bueno —le contestó el otro—. Ete revólve era del Jefecito del batey de Punta Larga. Ese hombrecito si era pendejo. Se puso como caliche.

—¿Credía que tú lo diba a matar?

—Se volvió un fleco, sudaba la gota gorda y to se le volía: "Mire que yo tengo tre sijo, por Dió no me maten. ¡Cójanse to lo que yo llevo encima! ¡No me maten!" Bueno no me dio gusto matarlo. Se volvió una mujercita. Y se echaban a reír.

Y mientras los demás hacían su oficio, contó de la marcha que hacían de noche, de los proyectos que tenían, de las gentes que les decían que no se presentaran, de lo mucho que se dilataba la revolución. Mientras estuvo con ellos no mataron a nadie. En algunos bohíos le hacían comida, tenían sus mujeres y lo sabían todo. *El Pato* tenía morocotas en su cinturón, dos revólveres legítimos, un sable y un puñal. Otro tenía relojes, anillos y prendas buenas. De todo.

—Ellos pensán que yo era epía, pero cuando no lo creyén me soltán. Me soltán de noche, lejos, po aquellas lomas —y señaló para La Sierra.

Luego agregó:

—No son poquito, no. Lo que pasa e que son mucho grupo. *El Pato*, *José*, *Machito*, esos son lo jefe. Pero el cabeza es *José*. Un día le dijién que cerquininga había una fuerza del Gobierno y se desparramán. *El Pato* les dijo: «nos juntamos donde ustede saben». Y ensegúa ca uno cojió por su lao solito. Al otro día, vale, tábamos toíticos junto otra vé, por La Yerbabuena. Por eso e que no lo puén cojé.

—Bueno pues cállate —le dijo el viejo que estaba desollando—. No siga repitiendo eso. En boca callá no entran moca.

—¡Nooo! Si yo nomá lo digo aquí. ¡Dió me libre! ¡Me dan una colgá!

Y el viejo abriendo la harriga del puerco, exclamó:

—Pa ellos jacerle asina a la gente e un biscochito. ¡Hay mucho malo en el mundo, vale!

Mucho tiempo se prolongó esta situación en el Este. Y como don José Contreras fueron muchos los que se arruinaron.

A lo largo de los caminos se veían las casas y los conucos abandonados, cubiertos de *brosque*. En alguno que otro sitio se quemaron ranchos y las familias tuvieron que salir huyendo para salvar la vida. En el campo no estaban garantizadas ni ésta ni la propiedad. Fue una situación que recordaba la época de los marrones, en que los esclavos fugitivos saqueaban las fincas y mataban a discreción. Pero, muchos, lejos de arruinarse se enriquecieron. Los bandidos pasaban a otras manos lo que robaban o favorecían la venta o el abandono de las propiedades. Muchas tierras pasaron en esa época a manos de Compañías que las obtuvieron por precios ridículos. Los gavilleros cumplieron una misión. Parece que respondieron a una necesidad.

Fueron muchos los cabecillas. *Vicente Evangelista, Bulito Batías, El Fañoso, Tolete, El Niño, Chepito, Ramón Nateras* y muchos más menos famosos. Yo tuve oportunidad de conocer algunos y no los he olvidado jamás.

¡Oh! ¡*Tolete!* Cómo evoco ahora tu figura singular. Parecías un batracio gigante, con tu vientre péndulo, tu color de aceituna, tu cara cuadrada, tu frente estrecha. Paréceme verte. Tenías los ojos pequeños, oscuros, de mirada fría y vaga. La sonrisa entre mueca y amenaza. Los dientes blancos y recios y el bigote hirsuto. Veo tu cinturón ancho sellado de cápsulas relucientes, tu par de revólveres niquelados y tu enorme puñal. Cruzaste las calles de Macorís seguido de la muchachería curiosa y tocada de admiración por la leyenda que te aureolaba.

Vestías un pantalón caqui, lucías unas polainas nuevas, un sombrero de vaquero y te mostrabas a todo el mundo como un héroe. Contaste a muchos tus aventuras por las montañas, por el llano y eras celebrado. Yo fui de los pocos que enmudecieron ante tu presencia. De los pocos a quienes serviste de motivo de hondas reflexiones. No te he olvidado más y hay días, como hoy, en que mi pensamiento no se aparta de ti, ¡*Tolete* magnífico! Emulo de *El Chivo* y del no menos célebre *Florentino*. ¡*Tolete!* que compartes conmigo el privilegio de haber nacido

en esta tierra. Quiera el cielo que algún historiador indocumentado o caprichoso no te presente a la admiración de las generaciones futuras como un héroe de la Tercera República. Aún suena en mis oídos el romance que te ha inmortalizado:

«*Tolete, tú me va a matá
Tolete, por la madrugada,
Tolete, ya lo rulo tán
Tolete, pa come con pan*».

«*Tolete, mañana me diba
Tolete, ya yo no me voi,
Tolete, sólo e pa que sepa
Tolete, lo que es el amor*».

«*Tolete, tú tenía una novia
Tolete, llamada María
Tolete, ya tú no me quiere
Tolete, como me quería*».

Durante esa época el ganado de Contreras sufrió mucho. Se le perdieron reses y le mataron bastantes. Más de una vez su compadre Eudosio fue avisado para que viera en bohíos de la misma sabana los cueros tendidos al sol.

Pero cuando las dificultades de don José llegaron al colmo fue cuando don Marcial fomentó La Inocencia y la Finca resolvió casi al mismo tiempo abrir extensiones por esos terrenos. Llegó a su conocimiento que un agrimensor estaba midiendo por sus posesiones, que se fomentarían nuevas colonias y que había que retirar toda la crianza. Pero todavía le ocurrió otra cosa peor. Un día vino Eulogio expresamente, enviado por su compadre Eudosio para participarle que estaban abriendo una trocha en su monte. Inmediatamente don José hizo un viaje para ver por sus propios ojos lo que estaba pasando. Al llegar

vio que no solo habían hecho una trocha sino que habían comenzado una tala. Mandó a buscar al Pedáneo y protestó delante de él del atropello que se estaba cometiendo. Logró ese día que se suspendieran los trabajos. El encargado de éstos le prometió que iría en seguida a participárselo a la Administración. Esta vez le dieron una satisfacción. Se le hizo saber que habían sufrido los empleados una equivocación.

Todas estas cosas produjeron en Contreras un gran disgusto. Pudo enterarse igualmente de que la Central abriría trabajos en seguida y que un gran número de propiedades desaparecerían porque los que se consideraban dueños de ellas sólo podrían disponer de las mejoras. Casi nadie tenía títulos suficientes para cubrir y muchos los tenían ilegales, por no haber cumplido con las formalidades de las nuevas leyes que se habían votado.

Pero don José Contreras creyó prudente consultar con un abogado. Esta vez se dirigió al bufete del licenciado Martínez López, en Macorís. Llevaba una carta de recomendación del alcalde. López lo recibió con deferencia y le oyó con atención. Don José comenzó por decirle que él no creía mucho en los consejos que pudieran darle los abogados, porque éstos le habían causado muchos perjuicios, pero que su amigo el alcalde le dio muy buenas referencias sobre su persona.

—Me ha dicho, que usted es uno de los abogados más honrados y competentes que hay aquí. Por eso no tuve inconveniente en venir a verle.

Contreras se extendió en detalles. Le refirió todo cuanto le había pasado con sus tierras.

—Ese es uno de los problemas más importantes de este país. Sobre todo aquí en el Este. Ahora mismo tengo pendientes muchos asuntos parecidos. Aquí ha venido mucha gente a verme. Eso es una barbaridad.

—¡Barbaridad no! Eso es un crimen. Ustedes no se pueden dar una idea aquí en el pueblo de lo que está pasando por allá.

—Cómo no. Aquí me han contado atrocidades.

Y don José refirió al abogado cómo se estaban haciendo las cosas en el campo. No quedará nada, ni un fundo, ni una mata, ¡nada!, ¡nada! La gente está loca. Son una infinidad los campesinos que se han quedado en la miseria. Abren los potreros, sueltan el ganado, matan los puercos, sacan la yerba, tumban los plátanos. ¡Es un *acabóse!* Tienen un ejército de hombres en ese trabajo. ¡Hacha y candela por todas partes! ¡Y amenazas y hasta golpes!

—¡Yo no sé qué será de esto! —exclamó don José.

El licenciado se quedó mirándolo, mientras pensaba en las cosas que acababa de oír.

—Este es un desgraciado país —dijo—. ¡Un pobre país! Cualquiera se hace chino, mi amigo. Lo único que puedo decirle es que están sucediendo cosas inauditas. Jamás se habían visto hechos tan extraordinarios como ahora. No se respeta la propiedad, ni la vida, ni las costumbres ni los usos del pueblo, mi amigo. A mi conocimiento han llegado noticias de atropellos innumerables sin sanción. Y lo peor es que tenemos que ver y que callar. Yo estoy a punto de cerrar la oficina por inútil. Para qué alegar derechos, ni leyes, ni procedimientos, ni nada. Todo eso es vascuencia. Es el más fuerte el que domina. ¡El capital! ¡El dólar! Yo me imagino cómo estarán esos campos. ¡Qué país, mi amigo!

Don José escuchó estas palabras con visible satisfacción.

—Bueno —le dijo el abogado volviendo al asunto de la consulta—. Yo estudiaré eso. Veremos lo que se pueda hacer, lo que yo le pueda aconsejar.

Después de un silencio, el abogado tiró de una gaveta de su escritorio y sacó unos papeles.

—¡Vea esto! Hace tiempo que tengo escrito estos apuntes con el propósito de publicarlos, pero creo que es inútil. Aquí nadie lee más que tonterías. A estas cosas no le hacen caso.

Arreglando las cuartillas el licenciado Martínez no se pudo contener:

—Voy a leerle algunos párrafos:

«Hace poco más de medio siglo que estas regiones estaban casi despobladas. La cantidad de habitantes por kilómetros cuadrados era irrisoria. Se cruzaban grandes extensiones sin encontrar un bohío ni un conuco. Eran inmensos bosques vírgenes que rodeaban el pequeño caserío de pescadores que se habían establecido en la margen oriental del río Macorís. Los escasos pobladores de esos montes estaban amparados por títulos de pesos de tierra que poseían por herencia o por compras. La cantidad de tierra que correspondía a esos pesos de títulos era excesiva. Los propietarios de esos títulos podían ocupar cualquier pedazo de monte en el lugar que designaba su escritura, siempre que no estuviera ocupado antes o fuera reclamado por otra persona. Así con una docena de pesos se podía ocupar una extensión equivalente a una caballería o más. La cantidad de tierra dependía de la extensión del sitio y del número de habitantes con que contaba. De este modo había sitios en los cuales una docena de pesos sólo correspondía a una peonía, es decir, aproximadamente unas trescientas tareas.

»No había necesidad de disputar pedazos de tierras, por esa época. ¡Era tanta para tan poca gente! Muchos años duró este estado de cosas en el Este. Los trabajos que en esas tierras se realizaban se reducían a conucos o cercas en *botaos* para encerrar dos o tres animales. Una vaca o dos y uno o dos caballos. Junto a esos trabajos se levantaba el fundo, para ser ocupado por la familia a menudo numerosa, pero sin demasiada ambición. No se podía hacer más. El caserío que se levantaba a la orilla del río contaba con una escasa población que consumía muy poco, y gran parte de este consumo, lo encontraba en sus alrededores. Así es que los habitantes de los bosques retirados de la costa sólo producían lo indispensable para su manutención y el excedente tenía muy difícil salida, por la

distancia a la cual se encontraban las otras aldeas y por las condiciones de los caminos que eran prácticamente intransitables.

»La tierra, pues, tenía muy poco valor. En este estado de cosas comenzó el fomento de potreros en grandes extensiones para la crianza de animales. Estos trabajos fueron iniciados por inmigrantes cubanos. En este país no se conoció hasta entonces los pastos artificiales. Los ganados pastaban en los montes o en la sabana, que en el Este son numerosas. Además el ganado que existía por aquella época era poco, gran cantidad de éstos salvajes, residuos de los que habían quedado abandonados en diferentes épocas a causa de las emigraciones que la historia accidentada de esta parte de la Isla ha vivido, desde el descubrimiento, hasta hace pocos años.

»El Este estaba dividido en grandes sitios que comprendían inmensas extensiones de tierras, montes vírgenes y sabanas. Estos sitios abarcaban hasta centenares de caballerías. Muchos pertenecían a las sucesiones de los favorecidos por mercedes concedidas por SS. MM. los Reyes de España. Los títulos y demás documentos que amparaban el derecho de propiedad se originaron en estas donaciones y luego de pertenecer a españoles, pasaron, en el transcurso de los años, hasta las manos de los esclavos y sus descendientes por ventas o donaciones igualmente. Los terrenos que no pertenecían a particulares, los de la Corona, pasaron por derecho de conquista a los países que dominaron esta parte de la Isla. De este modo fue subdividiéndose la propiedad territorial hasta el estado en que se encuentra en nuestros días.

»A medida que las tierras fueron utilizadas, primeramente para el fomento de potreros bajo cercas, su valor fue aumentando paralelamente a la codicia por su posesión o retención, necesidad que no se había experimentado antes.

»En muchas regiones del país esta división de la propiedad territorial se ha efectuado lentamente, sin apresuramientos, siguiendo el ritmo de la población y sus necesidades, en cambio,

en otros, Macorís, particularmente, esta división no llegó a efectuarse y el establecimiento del cultivo de la caña de azúcar, en su época contemporánea dio lugar, por la extensión de tierras que esta industria requería, al establecimiento por todos los medios, lícitos e ilícitos, al latifundio. Las tierras volvieron a ser acaparadas por un sólo propietario, como en los tiempos de la conquista. Cuando esto sucedió, la población nativa no había aumentado lo bastante, por lo cual, fue fácil apoderarse de esas grandes extensiones de suelos vírgenes que nadie ocupaba. Estas selvas que no se habían deslindado, que simplemente estaban demarcadas convencionalmente por sus límites topográficos, estaban pobladas por los propietarios de acciones, derecho a títulos, y se conocían bajo la denominación de tierras comuneras. Todos los que poseían acciones sobre esos sitios tenían derecho de levantar trabajos y criar animales. No había necesidad de disputarla, la tierra sobraba.

»Los Gobiernos nacionales trataron de arreglar aquella situación, cuando los intereses de los nuevos propietarios lo demandó. Se hizo lo que se pudo, lo que se creyó bueno, o lo que convenía a las exigencias del momento.

»Todas esas tierras que se encontraban con escasa población fueron destinadas al cultivo de la caña de azúcar. En ellas se establecieron los primeros Ingenios. Desde entonces, debido a la gran cantidad de braceros que esta industria utiliza, el Este posee la mayor población flotante de la República compuesta por nacionales y extranjeros, constituida en su mayor parte de parias infelices, que no poseen nada, y cuya vida depende de un jornal que ha seguido las fluctuaciones del mercado del azúcar, y que nunca ha sido suficiente y sí lo bastante exíguo y reducido, para hacer de esta región un territorio de miserables esclavos, que de generación en generación, han ido perdiendo hasta la más elemental dignidad humana. Han llegado hasta el extremo de renunciar al derecho de posesión de toda propiedad, contentos de que se les permita vivir a cambio de

no utilizar más que sus brazos al servicio del machete, único instrumento indispensable para sostener y hacer prosperar esa industria, la más esclavizante y embrutecedora de las industrias que existen en el mundo. A esa industria debe este país, desde la época colonial hasta nuestros días, su estancamiento, su atraso, su desorganización y, sobre todo, su inferioridad racial. La industria azucarera en los trópicos no ha necesitado otra cosa que tierras, bueyes y negros. Mientras más negros, mejores.

»Como para la adquisición de toda esa tierra era indispensable multiplicar los derechos a ella, pareció natural multiplicar las acciones, los pesos, tarea fácil que en ninguna otra parte de la República alcanzó el auge que en Macorís. La multiplicación de los títulos en tareas y en pesos, la alteración de las cantidades por ellos respaldadas, luego la posesión violenta, seguida de la utilización inmediata, todo esto y algunos procedimientos más, de acuerdo todo con la legislación que paulatinamente se creó para garantizar el derecho de propiedad, son las causas del estado en que se encuentra esa región de la República. Cada nueva ley ha dado origen a nuevos procedimientos de rapiña. Por los Tribunales de la República han cursado expedientes dignos de ser estudiados y comentados.

»El Este ha sido fecundo en la creación de medios para adquirir la propiedad territorial. En ningún sitio se han industrializado los procedimientos para esta adquisición como en el Este del país.

»Muchos corredores, muchos notarios, muchos abogados, no han tenido otra ocupación durante años. Ya hoy los pequeños propietarios han desaparecido. Se ha creado el latifundio. Tanto en los campos como en las ciudades se encuentra una población compuesta por gentes miserables que han perdido totalmente su independencia y que para cubrir sus necesidades sólo cuentan con el favor de las Compañías, caprichosas e in-

justas, ya que sólo están al servicio de sus intereses, que no son ciertamente los de la comunidad que los rodea».

Al terminar el licenciado Martínez López, don José, que oyó la lectura con marcada atención, exclamó:

—¡Eso está buy bueno! ¡Pero muy bueno!

De regreso don José fue a ver inmediatamente al alcalde.

—Ese abogado es una potencia. Sabe mucho.

—¡Cuando yo se lo recomendé! Yo no lo iba a mandar a usted donde una porquería, donde un chivito. Ese es un mozo de porvenir. Dios quiera que no lo echen a perder. Porque aquí, compadre, todo se malogra. Aquí no se puede andar por el camino. Hay que coger el atajo.

—¡Eso sí es verdad!

Y don José contrajo los labios y movió la cabeza.

II

Hacia meses que la Compañía Nacional de Inversiones Territoriales, propietaria de algunos Ingenios en el Este de la República, había creado una situación de intranquilidad en aquella región. Esta Compañía estaba presidida por míster Franklin Harrison, un norteamericano inteligente, audaz y ambicioso, conecedor de las condiciones económicas y políticas del país, por haber permanecido una temporada residiendo en él. Vivía habitualmente en Nueva York, donde dirigía además uno de los más poderosos bancos de aquella Metrópoli.

La Compañía Nacional tenía necesidad de expansionarse, de extender sus cultivos de cañas de azúcar, y el Presidente, de acuerdo con sus abogados y contando con la benevolencia de la Administración y la complicidad de las autoridades, puso en ejecución un vasto plan para adquirir una gran cantidad de tierras.

Se comenzó por poner a sueldo algunas autoridades rurales. Dos o tres alcaldes pedáneos fueron nombrados Inspectores de Montes de la Compañía Nacional. Se contrató un agrimensor, Juan Bautista Guerrero, para que levantara los planos de seis o siete sitios importantes, que comprendían una extensión de más de trescientas mil tareas nacionales. Esos planos en los cuales estaban incluidos los límites de todas las propiedades privadas, con todos sus detalles, se dividieron en zonas, y cada una de estas zonas se le atribuyó a un agente especial encargado de hacer las compras por cuenta propia, sin que la